

Humildes cántaros rotos

Como era un hombre rubicundo, llamábanle Juan Colorado, para distinguirlo de los otros Juanes del barrio: Juan Jacobo y Juan Gabrielo, así apellidados por los nombres de sus respectivas mujeres, Jacoba y Gabriela.

Su cabaña estaba a la entrada del lugar, al pie de la colina en que se asentaba el pequeño caserío, e indudablemente tal posición hacía juego con los bienes de su dueño.

El riachuelo que pasaba frente a la puerta, a ser un riachuelo filósofo, habría reparado en la diferencia de fortunas que existía entre el dueño de la última casa, encaramada casi en el cucurucho de la colina y el de la primera, la más baja. Aquella, casa grande, confortable, de dos pisos, rodeada de jardines y con grandes corrales. Corría y corría el arroyuelo, porque en lo ligeras sus aguas no tenían rival, y no acababa de salir de los bosques, prados, rastrojos, pertenecientes al amo de la hermosa casa rodeada de jardines. Le movía un aserradero y un molino de almidón de yuca. Y jamás acababa de contar las cabezas de ganado que se inclinaban para abrevar en sus aguas. Por fin metía su frescura en el pegujar de Juan, dentro del cual no se estaba ni dos minutos.

¡Con hijos si lo enriqueciera Nuestro Señor! Por suerte aquel aire bendito de las cumbres del Barba y aquellas aguas que no encerraban en sus linfas los tricocéfalos y anquilostomas de los médicos, los tenían tan sanos y tan guapetones, que cuando asomaban a la puerta, la cabaña de Juan parecía humilde cesto por cuya boca asomaran amapolas y rubias flores de páira.

El verano se acercaba y el dueño de la casa grande, terminadas las rozas que hizo en sus montañas, no tenía más trabajo que dar a las gentes del lugar. Conversábase en las tardes, bajo los cobertizos, de irse alistando para bajar al valle a las próximas cogidas de café. Juan Gabrielo iría con sus muchachos a la hacienda de don José Manuel; Matías y los suyos a la de don Quito.

La yunta de Juan Colorado, de bueyes tiernos, casi unos terneros, pero valientes y voluntarios como ellos solos, pacía tranquilamente la yerba que Dios le reparaba en el camino, porque su amo no tenía en qué ocuparla. Había cesado el acarreo de trozas y ahora podían descansar a pierna suelta.

Y había que pensar en llenar a la menudencia sus barriguillas inconsecuentes. Entre tanto, se ayudaban comiéndose la milpa hecha en un terreno prestado. De noche, a la hora de la cena, a falta de otra cosa, los niños echaban en el hogar sendas mazorcas tiernas, envueltas en su tusa, que una vez asadas, eran despojadas de ella. La cocina llenábase del sabroso olor que entonces despedían y las dentaduras ágiles comenzaban a arrancar los dulces granos, muchos de los cuales esponjábanse como azahares.

También había que pensar en cubrir aquellas carnes, capaces de acabar con la paciencia de la buenaza de Natividad, tal era el afán de asomar su sonrosado y tierno encanto a curiosear por las innumerables desgarraduras de las ropas. La aguja de Chica, la mayor de las niñas, una madrecita de once años, no tenía punto de reposo: zurcir, remendar, hacer milagros. No había en la casa una prenda de vestir que no luciera remiendos de diferentes colores y telas. Con un saco de manta, marca Gallito, fabricaba en un abrir y cerrar de ojos, una camisa a Beto o a Juan Chiquilfo y daba no sé qué verlos muy ufanos, vestida la camisa en la cual campeaba el gallo de la marca, ya en el pecho, ya en la espalda.

Octubre llegó con sus temporales. Los canasteros comenzaron a subir a la montaña a traer bejuco para tejer canastos, labor muy vendible en tiempo de las cogidas de café.

Juan Colorado se preparó a ir por bejuco. Indispensable era hacer algo, no podía estarse mano sobre mano con semejante chapulinada que tenía buen diente.

En una madrugada, bajo un temporal que lo mandaba Dios Padre y con un frío de los que se estilan en esas alturas, salió de su casa y se incorporó a los bejuqueros que pasaban.

Tres leguas lo menos tuvieron que hacer para llegar a la mancha de bejuco que podía abastecerlos a todos.

Muy avanzada la tarde regresó, abrumado por la carga, con el vestido hecho una sopa y los pies destrozados. Hizo otro viaje dos días después entre la tristeza de la niebla y el frío, para procurarse el bejuco necesario.

Por fortuna, el temporal se fué y un sol que era un contento secó los tallos verdes. El viernes, veinte canastos grandes y bien trabajados estaban listos para la venta. Bien es verdad que no soportaba el dolor de espalda, y las manos a pesar de su dureza le sangraban. Y no podía ser de otro modo; toda la semana inclinado: primero el asiento en el cual la colocación de los paraleos exigía cuidado si no se quería deshacer más tarde toda la labor y luego, usted teje, y usted teje... los ojos le dolían. Preferible era volar machete todo un santo día.

Beto, el muchachillo de nueve años, fabricóse con los restos del bejuco, tres cestitas primorosas que adornó con fantásticos dibujos rojos y verdes. Las vendería a las niñas de la ciudad a veinticinco céntimos cada una y con el dinero, compraríase una dulzaina, sueño dorado del niño desde el turno, en que escuchó embobado a un campesino sacarle músicas a una. Tocaría en las tardes bajo el cobertizo y los gritos de sus hermanos le harían coro. La llevaría siempre en el bolsillo, y en la montaña, cuando fuera a acompañar al padre a alistar un tronco para el aserradero, en tanto que éste lo labrase con su hacha, él tocaría en su dulzaina. Los jilgueros lo acompañarían. Sería una cosa... muy... ¿cómoda dijera él? oír su música entre la quietud fresca de los bosques.

Y en verdad, que hubiera recordado así nuestro salvajillo, medio desnudo, sonrosado, con la piel espolvoreada de un finísimo vello dorado, enredadas entre la maraña de su caballera leonada las hojas y flores que el viento dejara al pasar sobre él, y tocando su dulzaina al pie de un tronco musgoso, al dios Baco niño, arrancando melodías a la siringa. Habrían dado ganas de vestirlo con la piel de corzo salpicada, calzarle los coturnos y poner a su lado la férula adornada de pámpanos.

A Juanico y a Baltasar, encontrólos el sol del viernes en un moral, con la sonrisa entre un embadurnamiento de jugo de moras que les cubría la punta de la nariz, las mejillas y la barba. Escogían las frutas negras y despreciaban las rojas que parecían racimitos de gotas de sangre: de aquéllas, dos eran puestas entre la boca y una iba al balde que portaban. A la hora del almuerzo, sin embargo, estaban en casa con dos cuartillos de moras dentro del recipiente. Querían que otro día su hermano Beto, que iría con el padre a la ciudad, los vendiera y con el importe les comprara unos sombreros: que la cabeza del uno ya andaba a la intemperie y la del otro estaba cubierta no más por una copa.

Chica y Felicidad fuéronse después de comer al bosque a traer san migueles en botón. Eran ágiles como ardillas y daba gusto verlas retozar entre las ramas más altas de los más altos árboles. Sus hociquillos rojos se confundían con los lindos capullos de esta flor de un arbusto de nuestros bosques. Trajeron los delantales llenos y mientras los otros chicos les

hacían rueda y los rayos del sol poniente parecían fundir el oro de las ocho cabecitas, las dos niñas adornaban varas con los capullos de san miguel y los aseguraban con hilo. En las flores abiertas no había que pensar, porque de tocarlas una mariposa, dejaban caer al suelo los pétalos. Quedaron las ramas así adornadas, a modo de tirsos engalanados con flores rojas y con hojas verdes. Fueron agitados, para conocer la seguridad que tenían, entre la gritería de los chiquillos.

Beto también vendería en el mercado a los niños de la ciudad, que tanto gustan del sabor ácido de esta flor, los graciosos ramilletes, y compraría a las coquetas una vara de cinta del mismo color del cielo, a cada una.

¡No se podía quejar Juan Colorado de la imaginación de sus hijos! He aquí que no tenían con qué cubrirse, ni la comida abundaba y pensaban antes que en la manta y el pan, en dulzainas y cintas. ¡Ah! ¡Que en la vida todo lo que preocupa no ha de ser tan basto como la manta ni tan vulgar como el pan, y benditos los humildes que piensan en su miseria en tener música y en prender en su cabeza un trozo de tela de seda color de cielo!

Calculaba con Natividad en vender los canastos a noventa cada uno. Bien los valían y aún más, pues trabajados por mano experta en el oficio, estaban. ¿Veinte a noventa? Diez harían nueve colones; otros diez, otros nueve colones. Con dieciocho colones compraría manta para toda la familia, unos pantaloncillos para los muchachos, zaraza para las muchachas y Natividad. ¡Natividad, la pobre, que no tenía con qué salir donde la viera la gente! Pan, café, candelas...

El lucero de la mañana en lo menos que pensaba era en callar su luz, cuando la carreta de Juan cargada con los canastos, atravesó, dando tumbos, la tranquera. Los niños la despidieron con gritos y recomendaciones. Se alejó brincando pesada y alegre.

Los morales de fruta menuda y tallos prismáticos ponían en el aire su olor a incienso.

Entre las cestitas de Beto iban los tirsos de Chica y Felicidad. Como las niñas los dejaran toda la noche entre los berros del riachuelo, estaban frescos y en sus hojas se veía temblar gotas de agua cuando les caía el rayo de una estrella.

Bien entrado el día, llegaron a la ciudad.

Encontráronse con el padrino de los niños, quien convidó a Juan a echarse un *consuelo*.

Cuando arribaron al mercado, los ojos le bailaban y sentía dentro de la carne el deseo de retozar que se le despertaba cada vez que el ron le pasaba por la garganta. Una vez en él, supo que había abundancia de su mercancía. No fué posible colocarla a noventa la pieza. Tuvo que cederla en bulto a quien le ofreció más y dejó los veinte canastos por seis colones. Fué preciso ir a rociar el trato a una cantina cercana. Beto quedó sentado a la orilla de la acera, al lado de los vendedores de pájaros encerrados en jaulas de caña. El niño esperaba tranquilamente compradores.

Entre las cestitas, las flores de san miguel sonreían alegres en las varas y las moras regaban en torno suyo un perfume agrídulce. Los mosotillos brincaban entre las jaulas y echaban al aire su canto quejumbroso. El niño soñaba con la música de su dulzaina. Ya no se aburriría cuando fuese con el padre a labrar troncos... pues el tocaría y tocaría hasta que su padre le dijese: *Callate Beto, que me tenés loco*.

Pero, ¿dónde venderían dulzainas? Así que se desocuparan, su padre lo llevaría a buscarlas.

¿Y los sombreros de Baltasar y Juanico? Y las cintas de sus hermanas tenían que ser del mismo color del cielo... bien, bien.

En esto un tropel de gentes desembocó en la esquina, ¡Dios mío! ¿Qué veía? un policía llevaba a su padre, quien gritaba desafortadamente.

Echó a correr como un loco y se acercó. Juan Colorado, medio borracho, con el sombrero en una mano, lanzaba al aire una salva de gritos alegres, ensordecedores. El contento salvaje que la más pequeña gota de aguardiente ponía a correr dentro de él, salió a las cuatro copas, lo mismo que un torrente por su boca.

—Tata, tata, balbuceó Beto acercándose.

—¡Hola, Betillo! Es mi hijo, señor policía. Este señor me lleva porque estoy alegre, Betillo.

Y seguía gritando y haciendo gestos ridículos, insensatos.

Las cestitas, los cuartillos de moras, los tirsos adornados de san miguel, todo se borró del pensamiento del niño que siguió a su padre tembloroso y sollozando.

La puerta del cuartel cerróse ante él y tras su padre.

A Juan Colorado lo llevaron a la sala de los detenidos: allí estaban dos borrachos sentimentales que se abrazaban y se decían palabras tiernas, un muchacho sorprendido robando gallinas y dos mujeres que riñeron en la calle y que seguían insultándose por lo bajo y lanzándose miradas furibundas.

Poco a poco la alegría de Juan se evaporó y ahora dormitaba con la cabeza caída sobre el pecho.

La corneta del cuartel tocó su fanfarria del medio día.

Por los cristales sucios de una ventana, veíase la punta de un pino que crecía en un jardín cercano.

A los dos borrachos les pasara su hora sentimental y miraban ante sí con cara de idiotas.

El pobre hombre comenzó a ver claro en sí. De la hoguera que ardió en su pecho y lanzó chispas por su boca, no quedaba sino un montoncillo de cenizas.

¡Jesucristo! ¿Qué había hecho? ¿Qué diría Natividad? No tuvo tiempo de meditar más. Fueron llamados ante el comisario. En la sala desnuda y fría, tras una mesa, un hombre joven con aires de pisaverde, se preparaba a juzgar, puliéndose las uñas. Tenía las manos de una dama.

Comenzó el interrogatorio y la repartición de castigos. Frunció el ceño e irguióse en su silla:

A los dos borrachos, diez colones de multa a cada uno y ya sabían lo que les tocaba si se repetía y los tomaban.

Al muchacho de las gallinas, le fué endigado un sermón tonto, sin pies ni cabeza, en el cual se repetía a menudo la palabra honradez. Hablaba el juez sin dejar sus uñas, que dijéranse hechas de concha nácar:—¡Una semana de encierro!

Llególe el turno a Juan, quien comenzó a balbucear y a llamar coronel al comisario porque lo veía con galones.

—Sí, había gritado porque estaba alegre. Bebió unos tragos y después no podía estar con la boca cerrada. Lo debían soltar. ¿Qué habría sido de su hijo Beto? El señor coronel le perdonaría aquella ofensa. El era un hombre honrado. Don Juan Pacheco y don Esteban Solís podían servirle de testigos.

Por lástima y por ser la primera vez, se le impuso una multa de cinco colones, setenta y cinco céntimos, como si se tratara de un solo grito, cuando había alborotado todas las calles por donde pasara.

—«El hombre que apura una copa, no es un hombre honrado!»—Y este aforismo salió breve, terminante, y acompañado de un movimiento enérgico y afirmativo, de la boca del pequeño agente de policía, que castañeteaba la lengua de gusto cuando un wiskey o un cognac la mojaban.

—¡Cinco colones y setenta y cinco céntimos o cinco con seis! Hubo que repetírselo varias veces para que comprendiera.

Mas, ¿de dónde los iba a tomar? Ciertamente era que en el bolsillo tenía sus seis colones, pero eran para comprar manta y ropa

a los chiquillos y a la mujer. Natividad no tenía segundas enaguas que ponerse. Y además la carne y el pan...

¡El señor agente de policía estaba fastidiado! Si no quería pagar, descontaría la multa en un calabozo. Y la bonita mano retorciase el bigote, mientras pensaba en la graciosa bailarina del circo.

Juan dió lo que llevaba y le devolvieron una peseta.

Sentadito al borde de la acera continuaba Beto.

Ya no lloraba. El polvo se le pegó a las mejillas, mojado con lágrimas y la cara tenía así una cómica expresión dolorida.

A ratos recordaba sus cestitas, las varas adornadas con san miguel, los cuartillos de moras, la carreta. No se atrevía a ir a buscar ninguno de sus bienes porque esperaba de un momento a otro ver salir a su padre. Quiso hablar con el centinela pero no fué comprendido.

Tornó a su sitio de observación y el recuerdo de su dulzaina nunca vista y de la música jamás sentida, llenó de tristeza aquella alma infantil.

Cuando Juan salió, le tocó el turno de gritar a Beto.

El muchacho se le agarró de las piernas y lloraba y reía. Se abrazaron y lloraron en silencio.

Los bueyes y la carreta fueron encontrados en un lugar seguro que el comprador de los canastos buscó caritativo.

En el bolsillo de Juan bailaba la peseta. Sentáronse en un banco del parque a hacer las cuentas y cavilaciones de la hormiguita cuya fortuna era un cinco: ¿si compráramos esto, si compráramos lo otro?

Pasó un vendedor de caramelos, de esos que portan su mercancía clavada en un poste delgado y largo.

A Beto le parecieron bonitos y apetitosos y Juan llamó al vendedor. El chiquillo escogió una vistosa guitarra de un rojo llamativo, una custodia amarilla y una trasparente mujer enjarrada.

El resto del dinero fué compado en pan.

Se iba la tarde. El corredor de la casa de Juan estaba silencioso porque los niños se habían ido al camino a encontrar la carreta. La madre, sentada en el umbral con el niño de pecho en el regazo, los vio alejarse rientes y dichosos, con la esperanza que constituía para ellos la vuelta del padre.

A ella le gustaría que Juan les hubiera comprado una zaraza azul con rueditas blancas.

En lo alto de la cuesta los niños aguardaron.

¡La dulzaina! ¡Los sombreros! ¡Las cintas!

—¿Cómo es una dulzaina? preguntaba José.

El traqueteo de la carreta dejóse oír al fin...

CARMEN LIRA.

San José de C. R., 1916.

Doctor CONSTANTINO HERDOCIA

De la Facultad de Medicina de París

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta.

Horas de oficina: 10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, p. m.

Contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

Dr. ALEJANDRO MONTERO S.

MEDICO CIRUJANO

Teléfono 899 — Horas de consulta: de 2 a 5 p. m.

Despacho:

50 varas al Norte del Banco Internacional.

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.

De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado por

J. GARCÍA-MONGE

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMÍA DE LA REVISTA

La entrega	¢ 0.50
El tomo (24 entregas)	12.00
El tomo (para el exterior)	\$ 3.50 oro am.
La página mensual de avisos (4 inserciones)	20.00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

Lector: Si quiere usted proteger eficazmente al *Repertorio Americano*, suscríbase! Las cuatro entregas mensuales: ¢ 2.00.

Un estante de obras escogidas

En la Administración del "Repertorio Americano" se venden las siguientes:

J. Vasconcelos: <i>Artículos</i>	¢ 1.00
E. Renán: <i>Páginas Escogidas</i> (2 folletos)	2.00
Eugenio D'Ors: <i>Aprendizaje y heroísmo</i>	1.00
L. Lugones: <i>Las industrias de Atenas</i>	5.00
Carlos Vaz Ferreira: <i>Reacciones</i>	1.00
Xavier Icaza: <i>Gente mexicana</i> (novela)	3.00
Leopardi: <i>Parini</i>	1.00
R. Tagore: <i>Ejemplos</i>	1.00
Hugo de Barbagelata: <i>Una centuria literaria</i> (Antología de poetas y prosistas uruguayos)	7.00
Kahlil Gibrán: <i>El loco</i>	1.00
Paul Gerald: <i>Tú y yo</i>	1.00
Homero: <i>Iliada</i> (2 tms., pasta)	6.00
Tolstoi: <i>Los Evangelios</i> (1 tom., pasta)	3.00
Dante: <i>La Divina Comedia</i> (1 tom., pasta)	3.00
E. Díez Canedo: <i>Sala de retratos</i>	1.00
Platón: <i>Diálogos</i> (3 tms., pasta)	9.00
Fray Luis de León: <i>Poesías originales</i>	1.00
Eurípides: <i>Tragedias</i> (1 tom., pasta)	3.00
Tagore: <i>Jardinero de amor</i>	1.00
Bolívar: <i>Discurso en el Congreso de Angostura</i>	1.00
Homero: <i>Odisea</i> (1 tomo pasta)	3.00
Diego Carbonell: <i>Reflexiones históricas</i>	3.00
R. Heliodoro Valle: <i>Ánfora sedienta</i>	3.00
Ml. Magallanes Moure: <i>Florilegio</i>	1.00
Isaías Gamboa: <i>Flores de otoño y otros poemas</i>	1.00
Omar Kheyyám: <i>Rubayát</i> . (Trad. directa de V. García Calderón)	1.00
L. Lugones: <i>Elogio de Leonardo</i>	1.00
José Martí: <i>Versos</i>	1.00